

MI COMPAÑERO  
DE PISO ES UN

# VAMPIRO

JENNA LEVINE

Traducido del inglés por Noemí Jiménez Furquet

CONTRALUZ

Título original: *My Roommate Is a Vampire*

Esta edición ha sido publicada mediante acuerdo con Berkley, un sello de Penguin Publishing Group, una división de Penguin Random House LLC.

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2023 by Jennifer Prusak  
© de la traducción: Noemí Jiménez Furquet, 2023  
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)  
Madrid, 2023  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.contraluzeditorial.es](http://www.contraluzeditorial.es)

ISBN: 978-84-18945-80-9  
Depósito legal: M. 20.527-2023  
Printed in Spain

*Para Brian, que siempre me hace reír  
y siempre está dispuesto a adoptar un gato más*



UNO



**Se busca compañero de piso para apartamento  
espacioso en la tercera planta de un edificio adosado  
en Lincoln Park**

*Hola. Busco a alguien con quien compartir mi piso. Es un apartamento espacioso según los estándares actuales, con dos grandes dormitorios, sala de estar abierta y cocina semiprofesional con comedor. Grandes ventanales en la fachada este con espectaculares vistas al lago. Completamente amueblado en estilo clásico y de buen gusto. No suelo estar en casa tras la puesta del sol, por lo que, de seguir un horario de trabajo tradicional, normalmente tendrá el apartamento solo para usted.*

*Alquiler: \$200/mes. Nada de mascotas, por favor. Se ruega hacer llegar toda solicitud seria a la dirección [fjfitzwilliam@gmail.com](mailto:fjfitzwilliam@gmail.com).*

—Este sitio tiene que tener trampa.

—Cassie, escucha, es una oportunidad excelente...

—Que lo olvides, Sam.

Las últimas palabras sonaron más cortantes de lo que pretendía..., aunque tampoco mucho. A pesar de que necesitaba su ayuda, la vergüenza que sentía por encontrarme en semejante aprieto hacía que me costase aceptarla. Él lo hacía de buena fe, pero su insistencia por entrometarse en cada aspecto de mi situación actual me estaba sacando totalmente de quicio.

Fue un detalle por parte de Sam —mi amigo de toda la vida, acostumbrado desde hacía mucho a lo borde que me pongo a veces cuando me estreso— que no añadiera nada. Se limitó a cruzarse de brazos y a esperar a que estuviera lista para decir algo más.

Apenas hicieron falta unos instantes para que volviera en mí y empezara a sentirme mal por haberle contestado de mala manera.

—Lo siento —mascullé—. Sé que solo intentas ayudarme.

—No te preocupes —respondió comprensivo—. Estás pasando una mala racha. Pero no pasa nada por pensar que las cosas pueden ir a mejor.

No tenía motivos para hacerlo, aunque no era el momento de ponerme a explicarle por qué. Tan solo suspiré y volví a fijarme en el anuncio de Craigslist que tenía abierto en el portátil.

—Todo lo que suena demasiado bonito para ser verdad suele serlo.

Miró la pantalla por encima de mi hombro.

—No siempre. Y tienes que reconocer que el piso pinta fenomenal.

Sí que pintaba fenomenal. Ahí tenía razón. Pero...

—Son solo doscientos al mes, Sam.

—¿Y? Es un precio fantástico.

Me quedé mirándolo.

—Sí, si estuviéramos en 1978. Hoy, si alguien pide solo doscientos dólares al mes, es probable que esconda cadáveres en el sótano.

—Eso no puedes saberlo. —Sam se pasó la mano por las greñas rubio oscuro. Era la señal más clara de que se estaba quedando conmigo. Llevaba haciendo ese gesto desde, por lo menos, sexto curso, cuando trató de convencer a nuestra profesora de que quien había pintado toda la pared del baño de chicas con flores rosa chillón no había sido yo. En aquella ocasión no engañó a la señora Baker (por supuesto que había sido *yo* la que había dibujado aquel prado de un agresivo color neón) y en esta tampoco me engañaba a mí.

¿Cómo iba a abrirse camino en la abogacía con una cara de póquer tan poco creíble?

—Puede que esta persona pase muy poco tiempo en casa y busque compañero por motivos de seguridad y no por el dinero —sugirió Sam—. O tal vez sea idiota y no sepa cuánto *podría* sacarle al piso.

Yo seguía sin fiarme. Llevaba peinando Craigslist y Facebook desde que, dos semanas atrás, mi casero me había pegado en la puerta una nota de desalojo por impago del alquiler. Cerca del Loop, el distrito financiero, no había nada así por menos de mil dólares al mes. En Lincoln Park, rondaban los mil quinientos.

Doscientos era un precio que no solo quedaba un poco por debajo de la media del mercado, es que no estaba ni en el mismo universo.

—El anuncio tampoco incluye fotos —señalé—. Esa es otra señal de alarma. Debería pasar y seguir buscando.

Porque sí, como no me fuese, mi casero me iba a llevar a juicio la semana siguiente; y *sí*, un piso tan barato me ayudaría un montón a saldar mis deudas y tal vez hasta a no acabar en esta misma situación de nuevo dentro de unos meses. Pero llevaba más de diez años viviendo en Chicago. Era imposible que una oferta *así* en Lincoln Park no tuviera trampa, y una enorme.

—Cassie... —La voz de Sam sonó tranquila, paciente y con un tonillo bastante paternalista. Me recordé que solo intentaba ayudar a su manera y me mordí la lengua—. El apartamento está en una zona estupenda. Te lo puedes permitir sin problemas. Lo bastante cerca del metro como para llegar al trabajo en nada. Y si los ventanales son tan grandes como dice el anuncio, tendrás un montón de luz natural.

Los ojos se me abrieron como platos. No se me había pasado por la cabeza lo de la luz al leer el anuncio. Pero si el piso tenía unos ventanales enormes mirando al lago, era probable que Sam no se equivocara.

—Tal vez podría volver a crear en casa —reflexioné. Hacía casi dos años que no vivía en un lugar con suficiente luz natural como para trabajar en mis proyectos. Lo echaba más de menos de lo que quería admitir.

Sam sonrió con alivio.

—Justo.

—Vale —accedí—. Estoy dispuesta a, como mínimo, pedir más información.



Sam alargó la mano y la apoyó en mi hombro. Su toque cálido y reconfortante me calmó, igual que hacía siempre que lo necesitaba desde que éramos niños. El nudo de ansiedad que se me había instalado, como quien dice, de forma permanente desde hacía dos semanas en la boca del estómago comenzó a aflojarse.

Por primera vez en siglos, sentí que podía respirar de nuevo.

—Primero habrá que ver el piso y al compañero, claro —añadió a toda prisa—. Hasta puedo ayudarte a negociar un alquiler mes a mes si quieres. Así, si resulta ser un desastre, podrás irte sin incumplir un nuevo contrato.

Lo que significaba que no tendría que preocuparme por que otro casero cabreado me llevara también a juicio. La verdad es que sería un acuerdo aceptable. Si esta persona resultaba ser el asesino del hacha o un libertario o algún otro espanto, un alquiler mes a mes me permitiría largarme en un momento y sin romper compromiso alguno.

—¿Me harías ese favor? —le pregunté. No por primera vez, me sentí mal por lo desagradable que había estado con él en los últimos tiempos.

—¿Para qué me sirve si no haberme sacado Derecho?

—Para empezar, para ganar una pasta gansa con tu empresa en vez de ayudar a imbéciles integrales como yo.

—Si de todas formas estoy ganando una pasta gansa con mi empresa —respondió con una sonrisa de oreja a oreja—, pero como no me dejas que te preste nada de dinero...

—Pues claro que no —reiteré. Era yo la que había optado por estudiar un grado de poca utilidad y además acabar endeudada hasta las cejas por el préstamo estudiantil y con pocas esperanzas laborales. No iba a cargarle a nadie el muerto.

Sam suspiró.

—Claro que no... Vale. Esto ya lo hemos hablado. Una y otra vez. —Negó con la cabeza y añadió con tono melancólico—: Ojalá pudieras mudarte con nosotros y ya, Cassie. O con Amelia. Eso lo resolvería todo.

Me mordí el labio y fingí estudiar a fondo el anuncio de Craigslist para no tener que mirar a mi amigo.

A decir verdad, en gran parte me aliviaba que Sam y su flamante marido, Scott, se acabaran de comprar un minúsculo apartamento con vistas al lago en el que apenas cabían la pareja y sus dos gatos. Aunque vivir con ellos me ahorraría el estrés y los líos que tenía en este momento, apenas hacía dos meses que se habían casado. Vivir con ellos no solo limitaría su capacidad de practicar sexo donde y cuando les apeteciera, como tengo entendido que suelen querer hacer los recién casados, sino que sería un incómodo recordatorio de todo el tiempo que llevaba yo sin salir con nadie.

Lo cual también serviría de recordatorio constante del tremendo fracaso que eran *todos* los demás aspectos de mi vida.

Y, por supuesto, vivir con Amelia estaba descartado. Sam no entendía que su estirada y perfecta hermana siempre me había mirado por encima del hombro y me consideraba una fracasada total. Pero el caso es que tenía razón.

La verdad, lo mejor para todos era que encontrase un lugar en el que vivir que no fuera el sofá nuevo de Sam y Scott ni el loft de Amelia en Lakeview.

—Estaré bien —dije, esforzándome por que sonara como si me lo creyese. El estómago se me encogió un poco al ver la expresión preocupada de Sam—. No, en serio. Estaré bien. Siempre estoy bien, ¿no?

Él sonrió y me revolvió el pelo, que llevaba demasiado corto: era su forma de chincharme. Normalmente no me importaba, pero un par de semanas antes me lo había cortado un montón en un arrebato porque estaba frustrada y necesitaba una válvula de escape que no precisara de conexión a internet. Otra de mis recientes decisiones no demasiado acertadas. Mi cabello rubio, rizado y denso tendía a salir disparado de formas insospechadas si no lo cortaba un profesional. En ese momento, mientras Sam seguía alborotándomelo, parecía un teleñeco que hubiera metido los dedos en un enchufe.

—Para —le advertí con una carcajada al tiempo que me apartaba de él, aunque lo cierto es que me había puesto de mejor humor, que era el motivo exacto por el que probablemente me lo había hecho.

Apoyó la mano en mi hombro.

—Si alguna vez cambias de idea respecto al préstamo... —arrastró la última palabra sin acabar la frase.

—Si cambio de idea respecto al préstamo, serás el primero en enterarte —respondí. Pero ambos sabíamos que no lo haría.

★★★

Esperé a que empezara mi turno de tarde en la biblioteca pública para ponerme en contacto con la persona que alquilaba la habitación por doscientos dólares.

De todos los trabajillos a media jornada no relacionados con el arte que había logrado ir encadenando desde que terminé el máster en Bellas Artes, este era mi favorito. No porque me encantase todo lo que implicaba, que no era el caso. Aunque era genial estar rodeada de libros, trabajaba exclusivamente en la sección infantil. O estaba sentada tras el mostrador de préstamos, u ordenaba libros sobre dinosaurios, dragones y gatos guerreros, o respondía preguntas de padres histéricos acompañados de sus hijos enrabiados y en edad preescolar.

Siempre me había llevado bien con los niños mayores. Y los humanos pequeñitos me gustaban como concepto abstracto; hasta entendía —al menos en teoría— por qué una persona querría incorporar uno a su vida por voluntad propia. Pero, aunque Sam y yo teníamos claro que sus mimados gatitos eran sus hijos, nadie de mi entorno tenía un hijo *humano* como tal. Tratar con niños pequeños veinte horas a la semana en un puesto de cara al público resultó ser una prueba de iniciación bastante dura.

Aun así, el de la biblioteca era mi trabajo a media jornada favorito, dado todo el tiempo libre que me ofrecía. Ni por asomo podría haber dicho lo mismo de los turnos en Gossamer's, la cafetería cerca del que pronto sería mi antiguo apartamento, y eso era lo *peor* de ese curro en concreto.

—Hoy llevamos una tarde tranquila —mencionó Marcie, mi superior, desde la silla de al lado.

Marcie era la agradable mujer de cincuenta y muchos que, a todos los efectos, dirigía la sección infantil. Lo de comentar las tardes tranquilas era una pequeña broma entre nosotras cuando coincidíamos en el turno después de comer, porque *todas* las tardes lo eran. Entre la una y las cuatro, la mayoría de nuestros usuarios estaban echándose la siesta o en el cole.

Eran las dos. En los últimos noventa minutos no había venido más que un niño. No solo era algo poco destacable, sino que entraba dentro de lo habitual.

—Pues sí, una tarde tranquila —coincidí son una sonrisilla antes de volverme al ordenador del mostrador principal.

Normalmente aprovechaba el tiempo libre en la biblioteca para buscar potenciales nuevos trabajos y enviar solicitudes. Y no era nada tiquismiquis: todo me venía bien —aunque no tuviera nada que ver con las artes— siempre y cuando prometiera un mejor salario y una jornada más amplia que la que tenía en mi actual apaño.

A veces aprovechaba esos momentos para pensar en futuros proyectos artísticos. El apartamentito en el que vivía no tenía buena luz, lo que dificultaba dibujar y pintar las imágenes que conformaban la base de mis obras. Y, aunque no podía acabar los proyectos en la biblioteca, ya que mis cuadros eran un follón y los últimos pasos suponían incorporar desperdicios, el mostrador principal era grande y estaba lo bastante iluminado como para, al menos, dibujar los bocetos preliminares a lápiz.

Hoy, sin embargo, necesitaba aprovechar el tiempo libre para responder a aquel anuncio chungo que había

visto en Craigslist. Podría haber escrito antes, pero si todavía no lo había hecho era porque una pequeña parte de mí no se fiaba y porque otra muy grande se había deshecho del wifi hacía un par de semanas para ahorrar.

Abrí el anuncio en el ordenador. No había cambiado desde la última vez que lo había visto. El estilo extrañamente formal era el mismo. Su absurda mensualidad también, y aquello volvió a disparar tantas alarmas en mi mente como la primera vez que lo había leído.

Pero lo que tampoco había cambiado era mi situación económica. Encontrar trabajo en mi campo seguía siendo igual de difícil. Y pedirle ayuda a Sam —o a mis padres, contables los dos, quienes me querían demasiado para reconocermelo mucho que los había decepcionado— era tan impensable como siempre.

Y mi casero seguía empeñado en desahuciarme la semana siguiente. Algo por lo que, la verdad, ni siquiera podía culparlo. Durante los últimos diez meses había aguantado un montón de retrasos en el pago del alquiler y de percances ocasionados por mis trabajos de soldadura artística. Si yo fuera él, probablemente también me desahuciaría.

Antes de poder convencerme de lo contrario y con la voz preocupada de Sam resonándome en los oídos, abrí el correo electrónico. Eché un vistazo al buzón de entrada —un anuncio de dos por uno en Shoe Pavilion, un titular del *Chicago Tribune* sobre una inexplicable serie de asaltos al banco de sangre local— y empecé a escribir.

De: Cassie Greenberg [csgreenberg@gmail.com]

Para: fjfitzwilliam@gmail.com

Asunto: Apartamento en alquiler

He visto en tu anuncio de Craigslist que buscas compañero de piso. A mí está a punto de vencerme el contrato y tu apartamento me cuadraría bastante. Soy profesora de arte, tengo treinta y dos años y llevo diez viviendo en Chicago. Ni fumo ni tengo mascotas. En el anuncio decías que de noche no sueles estar en casa. Yo casi nunca estoy durante el día, así que vivir juntos creo que podría ser un buen apaño para ambos.

Supongo que estás recibiendo un montón de solicitudes para el apartamento, dada la ubicación, el precio y tal. Aun así, en caso de que la habitación siguiera disponible, te paso un listado de referencias. Espero tener noticias tuyas pronto.

Cassie Greenberg

Una punzada de culpabilidad me atravesó por lo mucho que había maquillado algunos de los datos clave.

Para empezar, le había dicho a un completo desconocido que era profesora de arte. Y *técnicamente* lo era. Había ido a la universidad para estudiar eso mismo, y no es que no *quisiera* dedicarme a la docencia. Pero en tercero me enamoré perdidamente de las artes aplicadas y el diseño, y, en el último año, cursé una asignatura en la que estudiamos a Robert Rauschenberg y su método de com-

binar la pintura con la escultura. Y aquella fue mi pérdida. Nada más graduarme, me lancé a estudiar un máster en Artes Aplicadas y Diseño.

Disfruté como una cría de cada segundo.

Hasta que, vaya, me gradué. Fue entonces cuando me tocó aprender por la vía rápida que mi visión artística y mis habilidades eran demasiado especializadas como para atraer a la mayoría de las escuelas públicas que contrataban a profesores de arte. Los departamentos de las universidades tenían la mente más abierta, pero conseguir algo más estable que un puesto temporal como adjunta era como ganar la lotería. A veces conseguía algo de dinero extra con las exposiciones, cuando alguien compararía mi visión de encontrarle cierta belleza irónica a integrar latas de Coca-Cola oxidadas en paisajes marinos y compraba una de mis piezas. Pero aquello no sucedía a menudo. Así que, sí, aunque técnicamente era profesora de arte, desde que me había sacado el máster la mayoría de mis ingresos procedía de trabajos de media jornada que estaban tan mal pagados como este.

Nada de eso me hacía sonar atractiva como posible inquilina. Tampoco el hecho de que mis «referencias» no provinieran de antiguos caseros —ninguno de los cuales tenía nada bueno que decir sobre mí—, sino de Sam, Scott y mi madre. Aunque fuese una decepción para mis padres, tampoco es que quisieran que su única hija se convirtiese en una sintecho.

Después de tirarme unos segundos preocupada por lo que había escrito, me dije que no pasaba nada por colar un par de mentirijillas. Cerré los ojos y pulsé Enviar.



¿Qué era lo peor que podía pasarme? ¿Que aquel absoluto desconocido se enterase de que había exagerado un poco y me impidiera mudarme con él?

De todas formas, tampoco estaba segura de que me interesara el apartamento.

Tuve menos de diez minutos para preocuparme antes de que me llegara una respuesta.

De: Frederick J. Fitzwilliam [ffitzwilliam@gmail.com]

Para: Cassie Greenberg [csgreenberg@gmail.com]

Asunto: Apartamento en alquiler

Estimada señorita Greenberg:

Gracias por el amable mensaje en el que expresa su interés por la habitación vacante. Como se menciona en el anuncio, el dormitorio está decorado con un estilo moderno, pero de buen gusto. Creo, y así me lo han señalado otras personas, que también es bastante espacioso en lo que a habitaciones desocupadas se refiere.

En cuanto a su pregunta no formulada: el cuarto sigue por entero disponible, si aún estuviera interesada en él.

Hágame saber a la mayor brevedad si desea ocuparlo y me encargaré de tener preparada la documentación necesaria para su firma.

Se despide deseándole buena salud,

Frederick J. Fitzwilliam

Me quedé mirando el nombre al final del mensaje.

¿Cómo que «Frederick J. Fitzwilliam»?

¿Qué clase de nombre era ese?

Volví a leerlo, tratando de entender lo que decía, mientras Marcie sacaba el móvil para echar su vistazo diario a Facebook.

Así que la persona que alquilaba el apartamento era un hombre. O, como mínimo, alguien con un nombre tradicionalmente masculino. Eso no me preocupaba. Si me mudaba con él, no sería el primer tío con el que vivía desde que me independicé de casa mis padres.

Sin embargo, lo que me preocupaba era... todo lo demás. El mensaje estaba redactado de una manera tan extraña y formal que me pregunté qué edad tendría esta persona. Y luego estaba el hecho rarísimo de que asumiera que iba a mudarme sin haber visto la habitación.

Traté de no hacer caso de mis recelos y me recordé que lo que me importaba de verdad era que el apartamento estuviera en buen estado y que el tipo no fuese el asesino del hacha.

Necesitaba ver el piso y conocer en persona a Frederick J. Fitzwilliam antes de tomar una decisión.

De: Cassie Greenberg [csgreenberg@gmail.com]

Para: Frederick J. Fitzwilliam [fjfitzwilliam@gmail.com]

Asunto: Apartamento en alquiler

Hola, Frederick:

Me alegro un montonazo de que el cuarto siga disponible. La descripción suena fenomenal y me encantaría ir a verlo. Si te viene bien, estoy libre mañana

al mediodía. De todas formas, ¿podrías enviarme un par de fotos? El anuncio de Craigslist no las incluye y me gustaría ver alguna antes de pasarme por allí.

¡Gracias!

Cassie

**Una vez más, no tuve que esperar más que unos minutos para recibir una respuesta.**

De: Frederick J. Fitzwilliam [ffitzwilliam@gmail.com]

Para: Cassie Greenberg [csgreenberg@gmail.com]

Asunto: Apartamento en alquiler

Hola otra vez, señorita Greenberg:

Puede visitar el apartamento cuando usted guste. Tiene todo el sentido que desee verlo antes de tomar una decisión. Me temo que mañana a mediodía me encontraré indispueto. ¿Estaría usted disponible en algún momento tras el ocaso? Me siento mucho más en mi elemento durante la noche.

Tal y como me pidió, le he adjuntado fotografías de dos estancias que, con toda probabilidad, deseará usar con frecuencia si resuelve trasladarse al apartamento. La primera es del dormitorio tal y como se halla decorado en estos momentos. (Huelga decir que puede cambiar la decoración según sus gustos si decide vivir aquí). La segunda es de la cocina. (Creí haber incluido ambas fotografías en el anuncio de Craigslist. Presumo que de forma incorrecta).

Se despide deseándole buena salud,  
Frederick J. Fitzwilliam

Tras leer por encima el mensaje de Frederick cliqué en las fotos que me había enviado y...

Guau.

Pero que guau.

Vale.

Aun sin saber de qué palo iba el tipo este, estaba clarísimo que no vivía en la misma esfera socioeconómica que yo. También era posible que no viviéramos en el mismo siglo.

La cocina no solo era diferente de la de cualquier otra casa en la que hubiera vivido.

Es que se diría que pertenecía a una época completamente distinta.

Nada en ella parecía fabricado en los últimos cincuenta años. El frigorífico tenía una forma extraña, como ovalado por la parte superior y mucho más pequeño que la mayoría de los que yo había visto. No era plateado, negro o beige —los únicos colores que yo habría asociado a los frigoríficos—, sino de un rarísimo tono azul pastel.

Perfectamente a juego con el horno que estaba al lado.

Recordaba vagamente haber visto electrodomésticos así en un viejo episodio coloreado de *Te quiero, Lucy* que había visto de pequeña. Sentí una cierta desorientación al tratar de encajar que una cocina antigua como esa pudiera tener cabida en un apartamento moderno.